

TIR.—Es que todos estáis desatinados... ¡Nunca habré de revelar mis desdichas, por no decir las tuyas...!

ED.—¿Qué dices? ¡Lo sabes y no hablas! ¿No te das cuenta de que callando nos traicionas a nosotros y arruinas la ciudad?

TIR.—No quiero a mí causar dolores, y tampoco a tí mismo. ¿Por qué en vano me arguyes? ¡Nada de mí lograrás saber!

ED.—¡No! ¡Malvado el más malvado: a una roca pusieras en enojo...! ¿Con que no dices nada? ¿Terco y pertinaz te mantienes?

TIR.—¡De ira me inculpas...! ¿Y la tuya? ¡Tiene en tí mansión y a mí me censuras!

ED.—¿Quién no se enojara, cuando oyera las palabras que dices? ¡Ese modo que tienes de ofender a la ciudad!

TIR.—¡Ya llegará la adversa suerte, sea que yo hable, sea que calle!

ED.—¿Llegará? Dilo luego. Aquí y al punto.

TIR.—Ni una palabra más proferiré. Obra cual quieras. Enójate con la ira más vehemente que puedas.

ED.—Vaya, vaya... en mi enojo ya voy percibiendo que tú fuiste el autor de todos estos hechos, que tú los llevaste a obra, no por tu mano, sino por mano ajena. Ciego eres, que si ojos tuvieras, afirmarías que tú fuiste y sólo tú quien el delito perpetró...

TIR.—¿De veras? Oye ahora, ten atención a lo que digo. Todo lo que tú dices contra el culpable, cae sobre tí. No, yo no te hablo, tú hablar no puedes, ni a estos, ni a mí, sábelo bien. Esta tierra está manchada por la infamia de un culpable. Y el culpable, eres tú.

ED.—¡Tales son tus palabras ante mí, atrevido! ¿Piensas que has de librarte de mis manos?

TIR.—Me siento libertado. La verdad nutro en mí y en ella fío.

ED.—¿Verdad de quién has aprendido? ¡Ese tu arte mendaz no!

TIR.—¿De quién? ¡Tú me obligaste a que hable sin quererlo!

ED.—¿Hablar qué? Repítelo, quiero oírlo mejor.

TIR.—¿No lo entendiste antes? ¡Me fuerzas a que hable!

ED.—No sé de cierto qué dijiste. Dilo otra vez.

TIR.—Ese asesino que buscas, ese asesino, eres tú.

ED.—Ah, no dirás dos veces ese insulto. No te alegraré de ello.

TIR.—Y más diré, para que más te arda.

ED.—Dí cuanto quieras... no sabes lo que dices.

TIR.—Verdad pura digo. No lo piensas, y vives unido a los seres que más se aman. Y ni siquiera te das cuenta de la infamia en que vives.

ED.—¿Tú estas pensando que vas a seguir con tus ofensas sin recibir castigo?

TIR.—¡Claro: la verdad tiene sus fueros!

ED.—Los tiene, sí; menos para tí, ciego miserable, ciego del alma, como de los ojos. Ciego del alma, ciego del oído.

TIR.—¡Pobre de tí... sobre tí estás amontonando todos los dicterios que van a llover sobre tí! Todos habrán de vilipendiarte de cuantos estén presentes. Ni uno solo quedará sin hacerlo.

ED.—Noche perpetua nutre tus pupilas. Ni a mí, ni a nadie que de ojos disfrute podrás dañar.

TIR.—No te impone el Destino que caigas bajo el golpe de mi mano: Apolo bien lo sabe, él de mil recursos tiene el tesoro. El te dará tu pago.

ED.—Toda esa trama quién la planeó, ¿Creón o tú?

TIR.—No Creón fue: tú fuiste el autor de estas desdichas.

ED.—¡Riqueza, mando, ciencia de las ciencias...! ¿de qué sirven? La vida envidia nutre solamente. Todos atisban, todos están en acecho. Hambre de mandar tienen. Este imperio la ciudad puso en mis manos, sin yo buscarlo. Y Creón espera, anda tramando, anhela hacer que yo caiga. El que se dice amigo... Y como vanguardia envía a este vidente loco y trapacero, pura engañifa, que no busca sino el lucro de sus ojos cegados... Cegados para el uso, pero bien abiertos para el interés.

Vamos hablando claro. ¿Con qué demuestras tú que eres vidente? Estaba aquí la Esfinge, que con mil cantos enigmáticos a los ciudadanos perdía, ¿diste norma de salvación a los ciudadanos? ¡Verdad es: no para todos era resolver esos enigmas! Era necesaria ciencia. Ciencia profunda... ¿cantos de aves? ¿un dios asistente? ¡No, hombre! Y vino Edipo, vine yo... el ignorante, el inculto y eché abajo los artificios de la Esfinge. Y nada les pedí a las aves, y ahora tú piensas echarme abajo y acaso crees que algún día vas a estar muy sentado a la derecha de Creón, rey ya de Tebas.

¡No. Les va a ser difícil y les va a costar muy cara esta mi repulsa! Yo, si no fueras como eres un anciano, como parece, azotara tu rostro para que advirtieras tu falsedad.

CORIF.—Bien nos parece a todos: si aquél habló sin tino, también tú, Edipo. Y, ¿eso qué importa? Lo que importa ahora es que se cumpla lo que el oráculo manda. El dios nos urge. Hay que ver cómo lo acatamos.

TIR.—Rey eres, no lo niego. Pero somos iguales en derecho de hablar. Déjame que conteste. Tengo también poder y derecho. Yo no estoy sujeto a tí estoy sujeto a Apolo. Y no soy de los que sirven como favorecidos a Creón. Oye pues lo que diga:

Te burlas de mí por ser ciego. Tú, tú sí ves. Pero no ves en qué desgracia vives. Ni dónde vives ni con quién cohabitas. ¿Sabes de quién naciste? En la tierra, en el Hades, repugnante serás a quien te mire. Doble azote tendrás: el de una madre, el de un padre también. Fuera de esta tierra habrán de expulsarte. ¡Terrible cosa: hoy miras: un día ya no verás... serán tus ojos perpetuas tinieblas. Y. ¿a dónde irás? ¿Qué tierra podrá pisar tu planta? ¿Qué puerto habrá, qué monte Citerón a que te acojas? ¡Qué ayes de dolor ha de repetir el eco, cuando adviertas tu boda, esa boda de males que es núcleo de tormentas que tú soñaste dichas! Y mayores infortunios aún que harán iguales a ti y a tus hijos.

Eso... eso... y ahora sigue insultando a Creón, sigue vilipendiando mis predicciones. Ten por seguro que ningún hombre jamás será azotado por el Destino como lo serás tú.

ED.—¿Es posible sufrir que oigamos estas cosas? ¿No llega a lo excesivo? ¡Fuera, malvado! ¡Nunca más a esta casa retornes! ¡He dicho: Fuera!

TIR.—¡Nunca hubiera venido, si tú no me obligaras! ¿Quién me llamó?

ED.—Y yo, ¿sabía acaso que tú tales locuras ibas a proferir? Ciertamente, si lo supiera, ¿iba yo a llamarte?

TIR.—¡Loco, necio... muy bien, así me juzgas! ¡No fue el juicio que de mí hicieron tus padres!

ED.—¿Mis padres? ¿Quiénes? Detente, ¿yo de quién soy hijo?

TIR.—¡Este día te da vida y también te da muerte!

ED.—¿Enigmas siempre? ¿Voces veladas siempre? ¿Cuándo hablas claro?

TIR.—¡No que eres el más diestro para descifrar enigmas!

ED.—¡Echamelo en cara, si te place: de eso nació mi grandeza!

TIR.—¡Esa fue la ventura desdichada que te hundió en la ruina!

ED.—Esta ciudad salvé... inada me importa!

TIR.—Muy bien; vámonos, niño, veme guiando.

ED.—Vete, bien que te lleve. Estando aquí me enojas; si te vas, yo descansaré. No me has de causar penas.

TIR.—Dicho quedó y ya parto. Y agrego la razón de haber venido acá. No me amedrenta tu enojado rostro. Tú no podrás arruinar mi vida. Voy a decir de nuevo.

Tú ha tiempo indagas quién fue el asesino de Layo. El está aquí. Es un advenedizo que adquirió domicilio entre nosotros. Vamos a ver muy pronto que no es advenedizo: es nativo de Tebas. Y cuando sepa el hecho, no va a sentir alegría. El que ahora ve, será ciego; el que ahora es poderoso en riquezas, va a ir a mendigar su pan a tierras extrañas, apoyado en un pobre bastón. Se va a ver pronto que es hermano de sus propios hijos, y también su padre. Y de aquella de quien él nació, es al mismo tiempo hijo y consorte, y para su padre, -- usurpador de su esposa y matador suyo.

Ya está: no hay más. Pienso en lo que acabo de decir. ¿Dirás que miento? ¡No: sería negar mi calidad de vidente!

*Se va Tiresias. Entra Edipo al palacio.*

CORO. EST. 1.—¿Quién es, quién es el que señala de Delfos el Oráculo desde la roca enhiesta? ¿Quién, el que, con manos empapadas en sangre, pasó de lo tremendo que decirse no pueda a cosa más tremenda que ningún labio proferirá?

¡Vengan, lleguen ahora los caballos indómitos, hijos de la tormenta, que llega el hijo de Zeus, con arsenal de rayos y relámpagos, y en pos de él caminan presurosos las Moiras y las funestas diosas de la venganza y de la muerte!

ANT. 1.—Desde la altiva cumbre del Parnaso que nieves amontona, salió la voz vibrante y poderosa. Manda que se rebusque la huella del homicida, a quien nadie conoce. El está por ahí, bajo una arboleda sagrada, o ambula enloquecido por los hirsutos riscos, cual si fuera un toro sin manada, maldito en sus pisadas, maldito en sus bramidos. No quiere que a él lleguen oráculos sagrados que de Delfos provienen, allí donde se arraiga el ombligo mismo de la tierra. ¡Vienen, vie-

nen ya, aunque él no quisiera, van en torno de él haciendo girar los ros!

EST. 2.—¡Espantoso es, sí espantoso el temor que me infunden los agujeros del sabio vidente. Creer en ellos no puedo, tampoco desecharlos!

No sé qué decir puedo. Vuelo entre la esperanza y los temores. Nada miro detrás, nada delante de mi vida.

¿Pues, qué relación entre los hijos de Lábdaco y el linaje de Pólipo? ¡Nada hay en el pasado, nada hay en el presente para atar pudiera vínculos entre ellos! ¡He de dar un fallo adverso contra Edipo por rumores? ¡Sentada está su fama! y, ¿cómo defender a los descendientes de Lábdaco, contra el asesinato?

ANT. 2.—Zeus y Apolo, sí, son concedores plenos de la verdad y perciben todo lo referente a los mortales, ¡pero que entre los hombres un adivino sepa más que yo!, ¿podré admitirlo? ¡No tiene la verdad un juicio único! Un saber a otro sabe supera. Un hombre vence a otro hombre en conocimientos. Mientras yo claras no mire las pruebas; mientras plenamente apodícticas no sean, no puedo dar asenso a las acusaciones que formulan los que aquí han pregonado los delitos.

Cierto es que vino la doncella con alas y él dio inapelable demostración de que salvaba a esta ciudad augusta. ¡Por eso yo en mi mente nunca a él pudiera imputarle maldades!

*Entra Creón por el lado derecho.*

CR.—Señores ciudadanos: he tenido noticia de que el rey Edipo contra mí ha formulado cargos calumniosos. No puedo yo sufrirlo y a eso vengo. Pues si en el infortunio del presente sospecha en mí culpa alguna, sea en mis palabras, sea en mis hechos, ¡acabe ya el límite de mi vida! ¿A qué, si se me informa, he de vivir? ¡No es una simple inculpación esta: es ruina sin igual el que me vituperen de malvado, malvado a la ciudad y malvado ante los seres que yo amo!

CORIF.—¡De ira nació quizás el vituperio: no brotó de razones de la mente!

CR.—¿No se ha afirmado que por mis instigaciones dio falsas profecías el vidente?

CORIF.—Verdad es; se dijo... pero no sé cuál fuera el sentido de eso.

CR.—¿De ojos en equilibrio, de mente en su juicio pro-

viene esta grave acusación en contra mía?

CORIF.—Eso no sé. Lo que mis amos hacen no lo veo. Él mismo viene aquí, sale de la casa.

*Edipo sale del palacio.*

ED.—¡Conque eres tú! ¿cómo aquí vienes? ¿Osas pisar mi suelo? ¡Tú, el asesino que a mi vida atenta, tú el ladrón que ambicionas mi solio...! Dilo, di, por los dioses: ¿Qué te figuras que hay en mí? ¿Impotencia? ¿Incapacidad de discurrir? ¿Qué hay para que así me trates? ¡No iba yo a descubrir tus artimañas... tus engaños, tu loca ambición! ¿Crees que no puedo castigarlos? Locó eres, sí, cuando intentas escalar un trono usurpado. Son poder o riqueza los únicos que triunfan.

CR.—Debes hacer lo que yo diga. Calla. Hablaste ya. Serás juez de mis dichos, pero óyelos primero.

ED.—Hábil en el hablar tú, pero yo tardo en comprender. Duro y malévolos hacia mí te descubro.

CR.—Eso, eso ahora es lo que debes oír.

ED.—Eso, eso es lo que no debes negar, que eres un malvado.

CR.—¿Crees que basta tu altivez? Si no tienes razones en que fundarla, andas descaminado.

ED.—Crees que tú puedes hostigar a un allegado, sin dar el pago de castigo, eres el que anda fuera de camino.

CR.—Te concedo razón. Dígame que es justo lo que dices. Dame a conocer ahora de qué delito me acusas.

ED.—¿Fuiste tú o no quien dijo que debía venir aquí el santo adivino?

CR.—Y en el mismo dictamen persevero.

ED.—¿Qué tiempo hace que Layo...

CR.—¿Layo qué? ¿Qué le pasa? ¡No se adónde vas!

ED.—...murió en muerte violenta?

CR.—¡Según; pueden ser muchos y largos años que ya corrieron.

ED.—¿Y en ese tiempo era ya el adivino quien ejercía el oficio?

CR.—¡Sabio y diestro amado, como ahora mismo!

ED.—¿Y en ese tiempo hizo mención de mí?

CR.—Ante mí nunca y acaso en forma alguna.

ED.—¿Es que no hicisteis averiguaciones acerca de la forma en que cayó el difunto?

CR.—Se hicieron, sí. ¿Cómo no? ¡Nada se logró saber!

ED.—¿Y cómo no declaró ese sabio lo que ahora proclama?

CR.—¡Eso no sé! Lo que ignoro, lo callo.

ED.—Algo sabes y vas a decirlo, si no has perdido el juicio.

CR.—Di qué; si lo sé; te lo digo.

ED.—Lo que sabes es que, si no se hubiera puesto de acuerdo contigo, no me atribuyera la muerte de Layo.

CR.—¿Dice eso? ¡Allá tú lo sabes! Ahora van mis preguntas, como vinieron las tuyas.

ED.—Pregunta cuanto quieras. Nada podrás sacar tocante al asesino.

CR.—Va pues. ¿Estás casado con mi hermana, sí o no?

ED.—¿Cómo negarlo. Cierto es lo que preguntas!

CR.—¿Eres o no el rey por derechos de ella? ¿Sois iguales?

ED.—Lo que ella quiere, yo también lo quiero.

CR.—¿Y no soy yo también el tercero en el mando?

ED.—Eso, eso te denuncia como traidor amigo.

CR.—Pues eso no. Piensa conmigo un momento. ¿Quién hay que quiera reinar en zozobras, si puede dormir tranquilo con el poder en sus manos? Yo, lo digo por mí, -y lo dirá todo hombre en sus cabales- prefiero reinar a llamarme rey.

Cuanto yo necesito de tí lo tengo todo. Y nada me afana. Si rey yo fuera, tendría que preocuparme al extremo. Y aun así, ¿crees tú que yo prefiera un trono cercado de congojas a una vida libre, sin penas y sin afanes? ¡Sí, soy un mentecato, pero no llega a tanto mi necesidad! Bien quisto soy de todos, todos a mí se rinden, y el que algo lograr quiere de tí, a mí se acerca. Eso basta para que lo obtengan. ¿Me juzgas tan insensato que yo dejara esta situación para adquirir la que está cargada de angustias? Para no ser traidor basta tener la cabeza en su lugar. Ni me placen estos pensamientos, ni tengo trato con quien los abrigue.

Hay un modo de salir de dudas. Envía al santuario Pitio a quien pregunte al dios, que solicite un oráculo: él dirá si he sido un mendaz. Y si entonces hallas que el agorero y yo nos hemos puesto de acuerdo, dame la muerte. Y eso será por dos condenaciones: la que tú hagas y la que yo desde ahora estoy haciendo.

Pero infamarme por pura sospecha, darme el baldón de traidor, sin pruebas no lo tolero. Injusto es lo mismo tener

por malo al justo, que venerar como justo al malvado. Un amigo perder, si es leal, es una tragedia, tanto como si la vida misma se perdiera; si él se pierde, se pierde la vida!

Te va a enseñar el tiempo. Es el único que da a conocer quién es el hombre honrado, pero, para saber quien es un traidor, con un día basta.

CORIF.—Bien hablaba este, para quien huya del error. Dar un fallo de prisa expone a mil errores.

ED.—Si hay un traidor en las sombras camina para asestar me el golpe, y va de prisa; de prisa tengo que ir para esquivar sus tiros. Me quedo quieto, inactivo, me da su golpe y yo quedo en el inútil vacío.

CR.—¿Qué pretendes, en fin? ¿Vas a desterrarme?

ED.—¡Eso no: poco es. Voy a matarte: ¿cómo destierro?

CR.—Di siquiera por qué me aborreces.

ED.—¿Vas pensando en que eres culpable? ¿Que obedecer no quieres?

CR.—Cierto, pues te veo loco.

ED.—¡Pero en lo que me atañe!

CR.—Y ¿en lo mío por qué no?

ED.—¡Ah, no: tú traidor eres!

CR.—Y, ¿si nada entiendes?

ED.—Al rey se le obedece.

CR.—A un rey; no a un tirano.

ED.—¡Ciudad, ciudad, ahora!

CR.—También la ciudad es tan mía como tuya.

CORIF.—¡Alto, príncipes: oportuna sale la reina! Ella podrá calmar esta contienda.

*Sale Vocasta y se coloca entre Edipo y Creón.*

YOCASTA.—¡Ah desdichados, ¿gritar y discutir con tal ardor por una nada? ¿No os hace sentir bochorno el ver que la tierra está en agonía y levantáis así contiendas íntimas? Tú regresa al palacio. Tú, Creón, a tu casa. ¡No una bicoca cause infortunios!

CR.—¡Tu esposo, él fue, oh hermana! Ese Edipo que inventa mil agravios en mi contra. Y dos caminos fija: o desterrarme, o matarme.

ED.—De acuerdo: es que lo he descubierto en una trama para quitarme a mí la vida con traición alevosa.

1020115150

CR.—¡No, y no! Maldiganme los cielos si algo hice de lo que me imputas.

YOC.—¡Cree por los dioses, tú, Edipo! ¡Respeto el juramento y a mí que estoy presente, respétame también! ¿Y qué ante los demás? ¿No te refrenas?

CORIF. EST.—¡Oye la voz, rinde la voluntad, oh rey: te lo estoy rogando!

ED.—¿Qué debo yo rendir la voluntad? ¿En qué?

CORIF.—Considera a ese hombre: ya no es un niño y ahora por sus juramentos es más grande.

ED.—¿Te das cuenta de lo que pides?

CORIF.—Me doy.

ED.—¡Di qué quieres!

CORIF.—Tu allegado es. Lo ampara un juramento. ¿Cómo acusarlo por vagas sospechas?

ED.—Tú a tu vez, piensa. Eso que solicitas, significa mi muerte, o mi destierro de esta tierra.

CORO.—¡No, no: tomo por garante el primer dios entre todos los dioses: al Sol invicto! ¡Que muera yo deshecho, aborrecido de dioses y hombres, en la forma más dolorosa y macabra, si tal pensamiento ha entrado en mi mente!

Pero el dolor de mi patria me recuece en amargura el alma: ella se va extinguiendo en mil males, y peores son los que ahora se intentan.

ED.—¡Aléjese este... nada me importa morir en todos los mundos, nada ser expulsado de la ciudad con oprobio! ¡Tu palabra me ha herido: las de él, no! Doquiera que se aloje, será aborrecido.

CR.—Resuelves, te decides, pero tu odio perdura. Dominado de la ira, eres insufrible. Gente cual tú es la que atormenta más que a su propia alma.

ED.—¡Como sea, vete. Ya queremos paz!

CR.—Me alejo, ya me alejo. ¡Si me conocieras! Para esto, soy el mismo.

*Sale Creón.*

CORIF.—¿Señor no piensas que hay que llevar al rey adentro?

YOC.—¡Debo saber qué ha sucedido!

CORIF.—Palabras simples, vanas suposiciones, pero, cu

do es infundado, todo nos ofende!

YOC.—¿Se debe a los dos?

CORIF.—Exacto.

YOC.—Y, ¿qué asunto era ese?

CORIF.—¡Ya basta, basta! Mucho sufre la tierra para que agreguemos: deja eso en paz.

ED.—Hombre de seso dices ser y ¿te das cuenta a dónde quieres llevarme? ¿Nada te interese ya? ¿Tan duro has hecho el corazón?

CORO.—Príncipe, ya lo he dicho. Y no una vez. Si de tí me desviara un solo instante, sería el más loco, el más insensato.

De ti fue la liberación, cuando la ciudad se hallaba a punto de hundirse en el naufragio. Y ahora eres acaso el único que puede guiarla como buen timonel.

YOC.—Por los dioses, también a mí declárame, oh príncipe, la causa de tu enojo tan intenso.

ED.—Voy a decirlo: a ti sobre todos venero. Es la causa Creonte y lo que contra mí ha urdido.

YOC.—Di todo, si es prudente, dí el proceso de los hechos.

ED.—¡declarar sólo que yo soy el matador de Layo!

YOC.—¿De sí mismo lo dice? ¿De otro recibió el dicho?

ED.—Trajo acá un adivino pervertido. Él bien se cuida de nada declarar.

YOC.—Ten buen cuidado de no preocuparte de esta inculpa-ción. ¿Adivinos? ¡Engaño! ¡No hay hombre que vaticinar pueda! Voy a darte una prueba bien precisa y bien breve.

Pues bien, le llegó a Layo cierta vez de parte, no de Febo, sino de quienes le sirven, un vaticinio. Que era destino suyo que muriera de un hijo suyo en mí engendrado.

Y a Layo es fama pública que sucumbió a manos de unos forajidos extranjeros, en un sitio en que convergen tres caminos. Y el hijo que tuvimos, no bien había cumplido tres días, cuando Layo mandó que lo arrojaran a una montaña desierta tras haberle ensartado los pies con un garfio de hierro.

Te vas ya dando cuenta qué mal quedó el oráculo de Apolo: ni el niño fue asesino de su padre, ni Layo, cual temía horrosamente, fue matado por mano de su hijo. ¡Así de ciertos son los oráculos! Luego en nada los tengas, que cuando un dios necesita que algo se realice, él mismo lo revela sin tardanza.

ED.—¡Qué vuelo azota mi alma vagabunda, qué revuelta agitada invade mi mente, oh mujer, cuando te oigo!

YOC.—¿De qué congoja te ves forzado a recapacitar?

ED.—Acabo de oírte decir que Layo sucumbió en donde convergen tres caminos...

YOC.—Eso se supo entonces, eso se dice ahora.

ED.—¿En qué punto preciso del país se realizó el hecho?

YOC.—La tierra es Fócida, y el lugar preciso es donde el camino de Delfos se une con el de Dáulide.

ED.—¿De eso qué tiempo hace?

YOC.—Puntualmente días antes de que tú tomaras el trono de esta ciudad se difundió en ella la noticia.

ED.—¡Ay, ay, Zeus, qué has decretado hacer de mí?

YOC.—¿Qué pesadumbre invade tu alma, oh Edipo?

ED.—No preguntes aún; más bien dime qué aspecto tenía Layo, en qué edad se hallaba...

YOC.—Alto, cual nieve comenzaban a ponerse sus cabellos su figura no distaba mucho de ser cual la tuya.

ED.—¡Miserere de mí... yo, yo, -lo estoy pensando- me mal dije a mí mismo hace momentos!

YOC.—¿Qué has dicho? Oh rey, me domina el terror si ves tu rostro.

ED.—Desmaya mi alma horriblemente con sólo pensar que el adivino sí veía y muy bien. Una pregunta más: desharás mis dudas.

YOC.—Pavor se apodera de mí, pero pregunta: diré la verdad que yo sepa.

ED.—¿Cómo iba? ¿Solo? ¿Con muchos acompañantes, cual un alto sujeto conviene?

YOC.—Por todos, cinco, un heraldo entre ellos. Una carroza conducía a Layo.

ED.—¡Ay, diáfano cual el día...! Pero, mujer, ¿quién vino a dar la noticia?

YOC.—Un criado de la casa, el único que sobrevivió de los dos ellos.

ED.—¿Y ahora vive? ¿Se halla en esta casa?

YOC.—No. Cuando regresó y vio que te habías entronizado y vio morir a Layo, vino a rogarme besando mi mano que lo dejara ir al campo a pastorear rebaños. "Así, decía, cuando más lejos de la ciudad, mejor." Dejé que se fuera. Digno era el hombre de eso y más, aun siendo esclavo.

ED.—¿Regresar puede acaso y lo más pronto?

YOC.—Claro que puede, pero, ¿por qué con tanto anhelo su presencia?

ED.—Oh, mujer, me temo que he hablado demasiado. Quiero verlo a toda costa.

YOC.—Vendrá, seguramente, pero, oh príncipe, ¿acaso no merezco saber qué te atormenta?

ED.—¿Cómo negártelo? Mi angustia es tal hoy que pierdo toda esperanza. Y, ¿qué mejor confidente podría tener que tú para confiarle mis temores y mi angustia en tal infortunio?

Pólibio de Corinto fue mi padre; mi madre, fue Mérope, de la Doria. Era el primero entre los ciudadanos yo allí, hasta una incidencia que bien valía ser atendida, pero con el ardor con que a mí me impresionó. Un hombre en un festín, cuando ya se llegaba a término, ya ebrio él, me dijo que yo era un hijo adoptado por mis padres. Me dio gran desazón esta noticia y apenas pude dominarme ese día. Al día siguiente me puse a urgir en alegatos a mi padre y madre sobre lo cierto o falso del asunto. Se airaron ellos contra el que había proferido tal aserto. Por el momento me dejaron satisfecho. Pero el pensamiento de aquel dicho me punzaba el alma a la continua y más y más se me clavaba en el corazón.

A ocultar de mi padre y de mi madre partí a Pito, y allí Febo nada me respondió tocante a mi pregunta. Pero dio una tremenda profecía, insufrible de oírse. Que subiría yo al lecho de mi propia madre, y de ese trato engendraría yo una prole abominable para todos los hombres, y que yo habría de ser el asesino de mi propio padre. No bien oí este monstruoso anuncio, me di a la huida, alejándome del rumbo de Corinto, guiado por las estrellas. Irme lejos, muy lejos, donde estos vaticinios no pudieran cumplirse: tal era mi anhelo.

Y así errando llegué hasta el sitio en que tú afirmas que fue muerto el rey. ¡A tí, mujer, toda la verdad he decirte! Cuando en mi caminata llegué al sitio donde convergen los caminos, dí de manos a boca con un heraldo y luego con una carroza en que era conducido un hombre al correr de los corceles. Un hombre en todo semejante al que tú me has descrito. El heraldo al principio y en seguida el anciano me querían sacar del camino con violencia. Arrebatado de ira yo doy un golpe al que me echaba: Me ve el anciano y queda detenido hasta que yo llegué y cuando estoy a tiro, da contra mí, sobre de la cabeza,